

Vicepresidente

Es uno de los políticos del momento que peor soportan un viaje a la hemeroteca

kioskoymas#laura.parrondo@gmail.com

FELIPE BENÍTEZ REYES



Quiénes no miran con simpatía al Gobierno central tienen un consuelo: es posible que a quien menos le guste el Gobierno actual sea el actual presidente del Gobierno. Es posible que tampoco le guste al vicepresidente segundo, pero también es posible que le entusiasme. Incluso ambas cosas a la vez, dada la comodidad estratégica de su cargo: para él, el mérito de las medidas sociales implantadas a raíz de la pandemia; para el presidente, la ruina social que ha traído la pandemia. Esa armonía disfuncional. Si el vicepresidente no ha guardado lealtad a los suyos cuando no le han brindado mansedumbre, resultaría demasiado optimista suponer que vaya a guardársela a quien es menos su socio de coalición que el enemigo que le impide sacudirse el prefijo «vice». Para un yo muy pronunciado, la necesidad de un «nosotros» viene a ser al fin y al cabo una humillación jerárquica, y eso vale tanto para el presidente como para el vicepresidente, que se han coligado por la misma razón por la que lo hicieron la rana y el escorpión de la fábula, aunque esperemos que con un desenlace menos dramático.

El vicepresidente sabe tensarle la cuerda al presidente, a quien da trato de rehén, cuando no de subalterno: un día se arroja la autoría ideológica del salario mínimo vital y otro día propone un pacto entre UP, EH Bildu y PSE para el Gobierno vasco. Es la ventaja de estar donde se está y a la vez la ventaja de no estar del todo donde se está. El vicepresidente es uno de los políticos del momento que peor soportan un viaje a la hemeroteca, lo que no es decir poco. En el pasado, confesó que su ilusión consistía en ser un presentador televisivo, y lo fue, y sigue siéndolo, aunque con otro formato: ya no actúa desde un plató, sino desde el Consejo de Ministros. La diferencia es poca y mucha a la vez, aunque el actor sigue inalterable: alguien que disfruta de una especie de teatralidad bipolar, pues lo mismo nos habla en registro de perdonavidas, enseñando el colmillo, que adopta un tono melifluido de misionero franciscano. ¿Cuál de los dos roles le sale mejor? Quién sabe, aunque en el de perdonavidas transmite autenticidad, mientras que en el de misionero levanta sospechas no sólo de impostura, también de sobreactuación.

Ahora anda en esa intriga de la tarjeta robada, que ha introducido los trepidantes enredos postadolescentes en torno a la telefonía móvil, al parecer con las cloacas del Estado de por medio, aunque con menos aire de Le Carré que de Mortadelo y Filemón. Y una aclaración tal vez superflua o quizá no: se puede recelar de un vicepresidente de izquierdas sin ser de derechas. Lo digo por si acaso.

Una carta para la izquierda

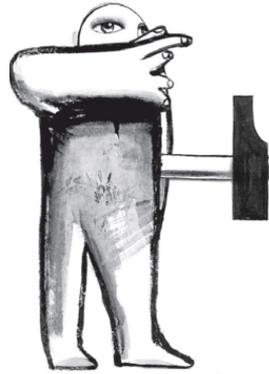
JAVIER ZARZALEJOS

La denuncia de 150 intelectuales de EE UU revela la confrontación en ámbitos progresistas sobre la identidad, el feminismo o la idea de sociedad

La carta que 150 intelectuales estadounidenses han hecho pública para denunciar y expresar su preocupación por la creciente intolerancia de la izquierda ha provocado un verdadero incendio que sigue alimentándose por reacciones de todos los colores. Lo primero que debe destacarse es que los 'abajofirmantes' son inequívocamente de izquierdas y en su inmensa mayoría si merecen la calificación de intelectuales, dicho sea sin ánimo de señalar. Lo segundo es que esta denuncia no aparece de la nada, sino que es una nueva manifestación de la confrontación que se vive en los ámbitos progresistas norteamericanos ('liberals' en el lenguaje político de Estados Unidos) en torno a temas como la identidad, el feminismo, la cultura, el pluralismo, el valor de 'lo occidental' y la propia idea de sociedad asentada en el paradigma cívico de la democracia liberal.

Un grupo de influyentes autores norteamericanos se han puesto a la tarea de denunciar desde la izquierda la descontrolada deriva del progresismo hacia las reivindicaciones identitarias más radicales, la pérdida del sentido cívico en el que se basaba la reivindicación de la igualdad y la adopción de un nihilismo agresivo disfrazado de corrección política y de exigencia de respeto a la diversidad. Por esta vía, los campus universitarios de EE UU se están convirtiendo en territorios estériles para el debate, dominados por el pensamiento único que impone la izquierda. Al pensamiento único le sirve, a su vez, una verdadera milicia del pensamiento que silencia, acosa, expulsa o aísla a quienes se atreven a disentir. ¿Les suena? Las redes sociales linchan al disidente y su carrera académica, la posibilidad de publicar un libro o de dictar una conferencia quedan suspendidas.

«Se despide a editores de prensa—dice la carta— por publicar artículos polémicos; se retiran libros por su supuesta falta de autenticidad; se prohíbe a los periodistas escribir sobre ciertos temas; se



JOSÉ IBARROLA

investiga a profesores por citar determinadas obras literarias en clase; se destituye a un investigador por circular un estudio académico debidamente revisado y se echa a los directores de ciertas instituciones por lo que a veces no pasan de ser torpezas». Los autores de la carta señalan que, mientras que podía esperarse que Trump y los suyos se empeñaran en limitar la libertad de expresión, ven con preocupación que esta intolerancia se está asentando en el territorio del progresismo.

Si se descuenta la utilización de Trump como recurso argumental, la denuncia al progresismo es detallada y dramática. Flota el espectro de una revolución cultural a la occidental, con preocupantes similitudes en sus pretensiones destructivas con la que llevaron a cabo los estudiantes chinos en la segunda mitad de los años sesenta espoleados por la traicionera exhortación de Mao a que «florecieran mil flores». Hay miedo, censura y autocensura. Los profesores acusados de perpetuar el canon del «hombre blanco occidental y muerto», los que se oponen

a la difusión del discurso del odio contra la cultura propia, no son exhibidos con un cartel injurioso colgado del cuello, pero quedan expuestos a una persecución impensable en una sociedad pluralista.

Armados con la matraca estructuralista mal digerida de Foucault y compañía, animados por un odio patológico a la matriz cultural occidental, abducidos por el multiculturalismo y el culto a la identidad—nunca la propia— encuentran en la debilidad de la izquierda 'mainstream' y el silencio académico y político de la derecha el terreno adecuado para dar rienda suelta a su activismo y poner en marcha eso que Scruton llamaba «la máquina del absurdo». Las cosas han llegado tan lejos y resultan tan amenazantes que desde la propia izquierda se han visto obligados a reaccionar, de manera que esta confrontación empieza a tomar el cariz de una verdadera guerra cultural interna. Lo identitario, frente a lo cívico; el feminismo, asentado en la dualidad sexual, frente a la teoría 'queer' del género líquido; el ecologismo posible frente al discurso primitivista; la política como proyecto social de cohesión frente a la política como campo de batalla de minorías enfrentadas.

Como recordaba recientemente Michel Onfray, «para Marx no había negros, ni amarillos, ni blancos, ni judíos ni cristianos ni musulmanes, ni hombres ni mujeres, heterosexuales ni homosexuales, sino burgueses explotadores y proletarios explotados». Desaparecido el proletariado, la izquierda ha tenido que buscar un sujeto revolucionario de sustitución y desde hace décadas anda metida en ese empeño con éxito discutible. El marxismo es irrecuperable y el progresismo de la identidad, individualista y libertario, no es una propuesta política sino una reivindicación de la más pura subjetividad que, como se ve en lo que denuncia la carta, se torna agresivo, violento e intolerante con demasiada facilidad y mucho peligro.

kioskoymas#laura.parrondo@gmail.com

Libertad para discrepar

IMANOL VILLA



La expresión del pensamiento no debería implicar la adscripción obligada a cualquiera de las ideologías en boga a estas horas. Manifestar discrepancias o dudas ante lo que una mayoría social considera como correcto habría de ser visto como un acto de libertad y no como un atentado al muy dudoso concepto de democracia tan extendido entre una gran mayoría de agentes progresistas de nuestro entorno. Discrepar en asuntos tan

candentes como el movimiento LGTBI no debería situar al disconforme a las puertas del fascismo; como tampoco debería ser tachado de comunista aquél que expresara su apoyo a un aumento considerable de la presión fiscal a los más ricos. Tampoco es un xenófobo el que matiza con su opinión la política migratoria de muchas ONGs; como tampoco es de la ultraderecha más rancia aquél que afirma que un matrimonio es aquel núcleo fami-

liar formado por un hombre y una mujer.

La carta publicada en la revista 'Harper's' y firmada por 150 intelectuales—entre los que se encuentra el nada despreciable Noam Chomsky— apunta en esa dirección. «La restricción del debate, ya sea por medio de un gobierno represivo o una sociedad intolerante, invariablemente perjudica a quienes carecen de poder y hace que todos sean menos capaces de participar democráticamente», se señala en la citada carta. El debate es un motor generador de ideas, el marco perfecto de la dialéctica ideológica. Gracias a la discrepancia y a la exposición razonada se abre paso un convencimiento alejado del dogma. Esa es la libertad. Lo demás es un simple progresismo fatuo y barato. Un izquierdismo infantil anclado en las vísceras y alejado del cerebro. Más propio de Groucho que de Carlos.